

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM. 581

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados a precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

MARTES 13 DE FEBRERO DE 1900

PARA LAS FIESTAS DE ABRIL

Regalos a nuestros suscriptores

Con motivo de las grandiosas fiestas que durante el próximo mes de Abril se celebrarán en esta capital, un notable semanario ilustrado que ve la luz pública en Madrid, publicará un magnífico número extraordinario, de treinta y dos páginas, dedicado exclusivamente a aquellas, en el que aparecerán preciosos fotograbados y escogido texto con las firmas de los más reputados escritores de la corte y de esta ciudad.

En virtud de contrato celebrado con la empresa del referido semanario, HERALDO DE MURCIA repartirá gratis a sus suscriptores dicho extraordinario, que por su mérito literario y artístico habrá de llamar poderosamente la atención.

Además, durante todo el mes de Abril, los suscriptores de nuestro periódico o los que antes de 1.º de dicho mes se suscriban por un trimestre, tendrán opción a anunciarse gratuitamente en el mismo.

El creciente favor que el público nos viene dispensando, nos obliga a manifestarle en esta modesta forma nuestra gratitud y el propósito que abrigamos de corresponderle mediante toda suerte de sacrificios.

A MERCED DEL PILLAJE

ARRIVISME

La prensa local, interpretando fielmente la protesta unánime e indignada del vecindario, condena con frases de gran energía el espectáculo que viene ofreciendo esta capital, teatro de toda clase de crímenes sangrientos.

Hasta nuestro colega «El Diario», tan mesurado siempre en su lenguaje, se siente justamente irritado contra el espectáculo brutal y hediondo y contra las autoridades que no saben ni quieren ni pueden evitarlo.

Pocas veces hemos visto aquí el espíritu público tan interesado en una cuestión, que como esta afecta no solo a la seguridad y la vida de los ciudadanos, sino al honor y el buen nombre de nuestra ciudad.

Las personas honradas, los buenos murcianos celosos de ese honor y ese buen nombre, están decididos a no ocultar su protesta, a hacer esta ostensible, y a luchar en la medida de sus fuerzas por que cese este estado de cosas, que nos avergüenza y produce un pánico justificado.

Nunca la criminalidad se ha mostrado aquí tan audaz ni tan impune. Nunca sus desafueros han sido tan repetidos y escandalosos. Nunca ha estado como ahora la vida y la seguridad de los ciudadanos, a merced de hordas de borrachos desalmados hechos dueños de la población por derecho de conquista.

En pleno centro de la población, se rinde a Baco un culto desenfrenado, con escándalo de los vecinos y transeúntes pacíficos; y cuevas más o menos jumillanas y tabernas vomitan por toda la ciudad un verdadero ejército de gente ebria, que siembra por todas partes la alarma con sus disparos y desafueros.

Y a todo esto no se ve por parte alguna la acción enérgica de la autoridad, poniendo coto a tanta barbarie y a tanta licencia de las gentes maleantes; y por otra parte, todo contribuye a la impunidad de la delincuencia, pues los asesinos, que en pleno día y en plena población, privan de la vida a un hombre, no son hallados y si lo son, jurados venales o complacientes se encargan de proclamar su inculpabilidad y de echarlos a la calle.

Esto no puede ni debe continuar así: precisa que esto termine y si alguien no se siente con fuerzas para ello y no puede prestar a la población este servicio, préntele al menos el de retirarse dejando libre el campo a otros que con mayores energías y con mejor fortuna pongan correctivo a tanto escandaloso desmán, a tanto criminal desenfreno, a esta vergonzosa anarquía en que vivimos, a merced del pillaje más asqueroso y más bárbaro.

Más no solo a las autoridades corresponde, ni sería justo exigir la exclusivamente, la responsabilidad de lo que ocurre; esta es también de otros elementos sociales, de los cuales nos ocuparemos mañana.

Para expresar el ansia de medro, la sed de ambición y el hambre de gloria, los franceses han inventado una palabra: *arrivisme*.

Ella es el diagnóstico de un estado morbozo de la sociedad actual. Al estudiar esta dolencia en la sociedad política española, un discretísimo escritor—D. Luis Bello—trueno airado contra «el afán de llegar» que trastorna y enloquece a la juventud española.

Yo no pienso como el correcto literato que antes citó. Yo no veo un mal grande en que los jóvenes batallen y luchen por la conquista de un ideal, siempre que la lucha sea noble y el ideal honrado.

Creo más. Creo que si el *arrivisme* bien entendido informase todos los actos de la vida de un pueblo, ese pueblo estaría regenerado por el solo impulso de su ambición.

La denominación escogida por los franceses para designar la enfermedad de moda, será indudablemente novísima. La dolencia es, sin disputa, tan antigua como el mundo.

En el pueblo de Israel, en su afán de llegar a la tierra de promisión, hay *arrivisme*.

En el ansia de ser señora del orbe, Roma dió pruebas de estar atacada de la afección que hoy ha bautizado París.

En la sed de gloria que guió a los rudos soldados de Tarik y a los que combatieron a la sombra del blanco pendón de los Omniadas ó del negro estandarte de los Abbasidas; en la fiebre de medro que llevó a Almanzor hasta Santiago y empujó a Pelayos y a Gides, a Gonzalo de Córdoba y a Pérez del Pulgar; en el hambre de luero que hizo chocar a Francia y Alemania por un puñado de tierra, pequeño para enterrar a los que cayeron en la contienda; en la ambición santa que llevó a Colón a América y en el anhelo de los americanos al tradnoir en hechos prácticos las doctrinas de Monroe, no hay otra cosa que casos de *arrivisme*, mal disfrazados con el ropaje de la leyenda religiosa, con el jirón de la señora triunfante ó con los pomposos atavíos de patria y de libertad.

El afán de llegar a ser dueños de tierras y de riquezas movió a los ingleses a guerrear en el Africa del Sur.

El afán de llegar a ser libres mueve a los boers, que día a día y palmo a palmo van reduciendo a su enemigo, ya estrechándole mas y mas en Ladysmith, ya confinándole en Mafeking, ya desbaratándole en el Tugela, ó ya, en fin, batiéndole a cañonazos, matándole jefes y aprisionándole centenares de hombres.

En las pequeñas como en las grandes colectividades humanas, hoy, al igual que ayer, el *arrivisme* es norma de conducta.

¿En qué están las diferencias entre regionalistas y centralistas? ¿En qué los

origenes del disgusto que acaba de surgir en una Asamblea, entre las clases agrícolas y las mercantiles?

¿Cuál es el móvil que impulsa a los obreros de Cataluña y de Galicia y a los patronos de Galicia y de Cataluña?

¿Por qué no ceden unos y se resisten los otros?

Sencillamente, por el afán de llegar a un fin propuesto.

Fin de ambición, de medro, de luero, que en unos casos se traduce en unos céntimos más en el jornal, y en otros en ventajas mayores ó menores para la ciudad, para la clase ó para la familia.

¿Cómo ha de combatir al *arrivisme* el que, con los hervores de la sangre moza tenga voluntad para querer, entendimiento para discurrir y facultades para pelear?

Si a esa enfermedad debemos cuanto valemos y somos.

Si un español, con loable emulación, va camino de dejar a la zaga al ya ilustre Marconi, inventando una más perfecta telegrafía sin hilos; si otro desde las agrestes soledades de la dehesa viene al teatro trayendo los frutos de su entendimiento; si Biel adelanta a pasos de gigante en su educación artística; si escultores y pintores al solo anuncio del gran Certamen Universal de París se afanan por dejar en el lienzo y en el mármol las creaciones de su inspiración; si media docena de niños, pequeños en edad y grandes en corazón crean un órgano de publicidad serio y consagran sus ratos de ocio a la labor literaria y artística; si todo eso se debe al afán de llegar, de medrar, de ser alguien, de salir del montón del anonimato, de ser un guerrismo con valor y alzarse sobre los infinitos ceros que nos abruman... ¿Cómo maldecir el *arrivisme*?

«Querer llegar en política no es deseo reprochable.

El que supo elegir y sabe esperar, debe y puede querer llegar.

No hace muchos días escuchaba yo la elocuente frase de un eminente hombre público que decía con entera franqueza a sus amigos que quería llegar, porque solo llegando era dable realizar lo que ofreció; porque solo en el poder es hacedero cumplir lo que se prometió en la oposición.

Jamás desde el llano se puede dar a los habitantes de la tierra baja el hermoso espectáculo que se alcanza desde las altas cimas de los montes encumbrados.

A la juventud que grita ¡hay que llegar! es preciso estimularla y prestarle alientos y ayuda.

En el arroyo que se precipita en espumante cascada y en el río que corre veloz hay fuerzas para mover turbinas, para producir luz y calor, para triturar granos y para fecundar tierras.

En el estancamiento del pantano hay pestilencias y gérmenes morbosos. No vale, pues, censurar ni detener al que ambiciona.

Los grandes ambiciosos han hecho grandes pueblos.

Pensando en el hambre y en la sed de gloria, decía el último trovador de España:

«Zenxis, Apelles, Pindaro y Homero bajo ese verde pabellon sonaron: César, Napoleón y Atila fiero bajo ese pabellon se despertaron.»

Por tí el delirio del honor se adora, por tí el hinchado mar hiende el marino, por tí en su gruta el penitente llora y empuña su bordón el peregrino.

Por tí vencida, se incendió a Corinto; por tí la sangre en Maratón se orea, por tí una noche con aliento extinto, tumba Leonidas demandó a Platea.»

Dejad, pues, a la juventud que lucho allí donde su afición la lleve.

Dejémosla—respetando su afán de llegar—que se revuelva ante la mesa de trabajo, en el foro, en el Parlamento, en el laboratorio, en la biblioteca ó en el estudio.

Dejémosla. No pongamos en sus pies el pesado lastre del pesimismo destructor.

El que no deba llegar se hundirá en las aguas, a pesar de las calabazas de la osadía y del ajeno valimiento.

En cambio, los naufragos esforzados que brascen bravamente entre las olas podrán gritar al saltar a tierra—merced al *arrivisme*!—Excelsior!

M. R. Blanco-Bolmontó.

DE MADRID A MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Los círculos políticos estuvieron ayer muy desanimados contribuyendo a ello lo desapacible del tiempo.

Después de la vergonzosa jornada del sábado en que moralmente quedó de cuerpo presente el gobierno, la gente política se dedica a profetizar sobre la sucesión, porque en verdad no existe agruación alguna que pueda salvar al país de la situación triste a que le han conducido la torpeza de los gobernantes.

Estos días se han celebrado varias conferencias secretas entre caracterizados hombres públicos para llegar a una inteligencia y convenir las bases de una verdadera union democrática.

Difeso que está ya acordada en un principio la union y que solo falta para ultimarla algunos detalles que se creen han de ser fácil brillarlos.

Los republicanos también celebran repetidas conferencias para llegar a entenderse.

Anoche se reunieron los jefes de todos los grupos republicanos y parece que pudieron encontrar la fórmula de concordia entre las varias tendencias que minan al partido republicano en España, fórmula que se hará pronto pública en forma de manifiesto.

Háblase de una probable visita de los reyes a Barcelona.

Parece que el capitán general de aquella población ha informado favorablemente a la conveniencia del viaje, encaminado a estrechar las relaciones entre Cataluña y Madrid.

En breve se levantará la suspensión de las garantías constitucionales.

Ayer tarde se aseguraba que el señor Sandiumenge, cuyo nombramiento para alcalde de Barcelona estaba acordado, había dirigido un telegrama al ministro de la Gobernación, declinando el honor que se le quería conceder.

Sigue, pues, la provision de aquel cargo ofreciendo grandes dificultades.

Esta tarde presentará y apoyará en el Senado el conde de las Almenas la proposición incidental sobre responsabilidades de la guerra.

El debate será tan interesante como todos los que promueve el citado senador.

Después que se discuta esta se entrará en la orden del día.

Esta comprende el proyecto de ley de

catastro, el de riqueza territorial, y registro de la propiedad.

El ministro de Fomento no podrá asistir a las Cortes durante toda la actual semana.

El presidente de la Cámara, hermano del ministro, está bueno completamente.

El Corresponsal

12 Febrero de 1900.

AL PASAR

«¿Quién es aquel?—El Barba.—¿El pen-
(denciero?)

—Si—¡Vive Dios! que te equivocas digo; ¡si va alternando como un grande amigo de aquel encopetado caballero!

—Eres, por Dios, de sobra majadero; va de *matin*; ¿que sale un enemigo?

—pues *moja*, y enseguida encuentra abrigo, defensa, protección y algún dinero.

—Eso es infame!—Ya lo sé; ¿que quieres? ¡mas infame que el Barba es su padrino.

—Tienes razón.—Entonces no te alteres; saludales si cruzan tu camino,

que nuestros grandes hombres son mujeres y su ídolo adorado, el asesino.

José Martínez Albaso.



MIGUEL ANGEL

En el castillo de Caprese situado en las cercanías de Arezzo (Italia), vió la luz primera en 6 de Marzo de 1474, el inmortal artista, acaso el más grande que ha existido, no solo por sus grandiosas concepciones, sino también por haber cultivado con asombroso acierto las tres artes hermanas; la pintura, la escultura y la arquitectura; Miguel Angel Buonarroti, ó Michelángiolo Buonarroti, como él afirmaba.



Descendía de la ilustre casa de los condes de Conesa, y por haber manifestado desde su niñez, grandes aptitudes para dedicarse a la escultura, los primeros pasos de su vida de artista diólos bajo la protección de Lorenzo «el Magnífico».

Cuando su genio artístico adquirió el necesario desarrollo y cuando, lo mismo como pintor, que como escultor ó arquitecto, comenzaba a ser el asombro de sus contemporáneos, por sus portentosas obras, los magnates disputábanse el honor de hacerle objeto de sus consideraciones y gracias, lo que no impidió que el genial artista, viviera una vida durante no pocos años, todo contrariedades y sufrimientos a causa de las persecuciones de que fué víctima.

En 1529 estuvo encargado de la defensa de Florencia como ingeniero militar y esto le dió motivo para poner de relieve, la docilidad de su talento, pues con sus disposiciones, si bien no salvó a la ciudad, retrasó su pérdida. Después de esta desgracia, puso a contribución su genio para exornar con hermosas esculturas el panteón de los Médicis.

Tantas son las obras que como testimonio de su talento legó a la posteridad Miguel Angel, que es tarea muy penosa enumerar, sino todas, la mayor parte de ellas, y por esto nos concretamos a mencionar las pinturas de la Capilla Sixtina, la estatua que representa la Noche hecha para el panteón de los Médicis *El juicio final*, *Moisés* y la Basílica de San Pedro, de Roma, en cuya construcción le sorprendió la muerte, según unos, el 14

